

CONGRESO INTERNACIONAL «¿NIETZSCHE HA MUERTO?»

Xalapa (Veracruz), México, del 1 al 5 de octubre de 2007

Lugar: Teatro del Estado, 9 h

Responsables: Dr. Julio Quesada Martín, Gerardo Martínez Cristerna

Conferencias magistrales: Julio Quesada Martín, Diego Sánchez Meca, Mónica Cragolini, Luis de Santiago Guervós, José Emilio Esteban Enguita, Peter Sloterdijk, Tomás Pollán, Lisbetz Sagols, Gerardo Martínez Cristerna, Giuliano Campioni

Instituciones convocantes: Universidad Veracruzana, México
Universidad Autónoma de Madrid, España
Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana
Fundación Cultural «Hombre y Mundo» A.C.
Fundación «Ética Mundial de México» A.C.

Información: <www.eticamundial.com.mx> <www.hombremundo.com>

PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS SOBRE F. NIETZSCHE (SEDEN)

Durante los días del 3 al 5 de abril de 2008 tendrá lugar en Málaga el Primer Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios sobre F. Nietzsche, en el que tomarán parte los más prestigiosos especialistas españoles y de otras nacionalidades. Al ser el primer encuentro y la presentación oficial de la Sociedad en el marco de un congreso, se invita a los socios que asistan al evento, pues en el curso del mismo tendremos la reunión para ratificar los cargos y plantear las cuestiones de procedimiento oportunas. Se presentarán la nueva hoja Web de la sociedad y las publicaciones que se están llevando a cabo auspiciadas por SEDEN, y se comunicarán los proyectos futuros. El programa oficial del Congreso se comunicará más adelante a través de un boletín informativo. Para más información dirigirse a la página Web de la sociedad: www.estudiosNietzsche.org o a las direcciones de correo: <dsanchez@fsof.uned.es> o <lesantiago@uma.es>.

LEGAJO ANUDADO, CARTAS PARA LEER O APOSTAR

Novela de Rogelio Salazar de León, ganadora del Premio Centroamericano de Novela Mario Monteforte Toledo 2006. Próxima publicación.

Nietzsche es presentado aquí desde sus catorce años hasta sus treinta y tres, con toda la fuerza de un amante atemporal. Esta obra está hecha a través de cartas secretas escritas con el ánimo compulsivo de un contador de historias consolado solamente por los libros, la naturaleza, algunos amigos, la música y, a veces, por un Dios lejano.

Esto puede ser leído como el cuaderno de notas de un filósofo, una crónica familiar, una dura y veraz biografía y también como una novela inconclusa. Uno de los miembros del jurado declaraba: «Desde que empecé a leer *Legajo anudado (cartas para leer o apostar)* me cautivó. En primer lugar es una novela epistolar, género que siempre me ha gustado mucho. En segundo lugar, el personaje es nada menos que Nietzsche! Hay que saber lo que se está haciendo para escribir cartas escritas por Nietzsche! ¡No se puede ser ningún principiante en filosofía ni en historia! El autor de este libro tenía que ser un conocedor de filosofía, de Nietzsche y de historia. Y la lectura probó con creces todo esto. Además, ¡presentó un personaje tan real, tan vivo, tan auténtico y tan humano! [...] ¡Realmente da mucho gusto saber que en Centro América hay escritores que están a la altura de cualquier premio mundial! En las deliberaciones hasta comentamos que, a lo mejor estábamos otorgándole el premio al mismo Nietzsche, ya que las cartas no parecía que pudieran estar escritas por otro que no fuera el propio Nietzsche».

Comentario del autor.— Nietzsche dejó escritos muchos asuntos y para no falsear las cosas, quizá, esto sea cuanto haya que declarar sobre él, ante todo y, paralelamente, alejarse de la pretensión de unificar en una idea, un enunciado o una cifra todo aquello que dejó dicho.

Esta dificultad de unificar el pensamiento de Nietzsche y de optar por quedarse con una visión plural y diversa de su trabajo lo coloca, aún hoy, en una posición un tanto incómoda; su pertenencia y su adscripción al panteón sagrado de la tradición intelectual de Occidente parece no terminar de cuajar del todo; su voz sigue siendo juzgada como la furibunda y hasta confusa propuesta de una transformación del hombre que todavía no ha terminado de transitar por su curso.

A pesar de todo y se diga lo que diga, cada mañana o cada noche al abrir el periódico o encender la televisión para ver noticias se nos revela un novelón de crimen, de sociedad, de codicia, de política, etc. que no logramos unificar, y el drama está servido por completo si consideramos el hecho de que somos parte de ese novelón.

Dicho lo dicho no sería lícito preguntarnos, por ejemplo

—¿si no es Nietzsche el testigo que nos ve?

—¿si no es Nietzsche el cronista que nos cuenta?

—¿si no es Nietzsche el médico que nos toma el pulso?

Entre chispazos, entre relámpagos, entre luces repentinas, como las escapadas de un eclipse, Nietzsche pensaba narrar ciertas cosas, anunciar ciertas otras y celebrar algunas más; entre otras hay que decir que, según él, el rostro milenariamente añejo del hombre de Occidente debía ser transportado por una especie de puente para ser superado, a fin de obtener una nueva persona, y no tanto una nueva personalidad, liberada de ciertas jerarquías compactas y dictatoriales vinculadas a la unidad de la conciencia amurallada en torno a algunos valores morales.

Otra forma de aludir a este hecho podría predicar que ha sido el propio pensamiento el que ha erosionado al sistema del saber: a la propia ciencia, a la propia filosofía y a la propia religión y que, a su vez, ello reclama otro hombre capaz, en primer lugar, de aceptar y proclamar que su conciencia está enferma, capaz de aceptar que su fundamento y lo que así ha entendido no es tal cosa, capaz de ver que la represión y la repetición social que lo aprisiona tiene poco o nada que ver con la existencia y de cómo este acto de existir, convulso y adolorido, no logra aplacarse en ninguna suma ni en ninguna totalidad.

Alguien que, poco a poco y de forma inadvertida, vaya adueñándose de estas ideas y que, durante su juventud, haya estado dispuesto a dejar un rastro de esta

apropiación, a través de cartas solamente escritas, es de quien intenta dar cuenta y contar su historia el trabajo *Legajo anudado, cartas para leer o apostar*.

Una historia acerca del yo, una suerte de autobiografía, un cuento sacado de la guarida más íntima es la que intenta contar el trabajo comentado; y para eso se ha escogido y aprovechado la figura de Nietzsche, un hombre cuyos libros siempre transmiten la cercanía con algo de la vida: como la sombra de la casa materna, como la caída de la lluvia, como la cercanía del sueño, como la luz roja de una mañana, como la más machacona jaqueca, como la piel lejana de una mujer, y a partir de estas sensaciones se lanza a especulaciones maravillosas, a relatos contenidos, a aforismos furiosos, con la nostalgia de quien sabe que ya no posee los valores que su cultura le impone.

Puede pensarse que su genio consiste en esa fuerza vital con que enfrenta a su tiempo: una época reseca y agotada, es decir una época que ha hecho todo lo posible para alejarse y escapar de la vida.

Escribir cartas que nunca fueron enviadas, o que lo más probable es que nunca hayan sido enviadas, permite la adopción de un cierto tono confesional: ¿cuál es la diferencia entre contar algo y confesar algo?

Tal vez pueda decirse que la diferencia es de temperatura, de intensidad, de alarma, de aquella zozobra que viene de contar algo con la mano frente a la boca y la lengua entre los dientes, de contar algo sabiendo que el final de todo es la muerte, en fin, de aquella inquietud que viene de contar una historia bien enterado de que la *vita est mortalis* y de que la *mors est vitalis*.

La recurrencia a la muerte del padre padecida en la más tierna infancia del pequeño Nietzsche y a la huella que este hecho dejó en la vida de la familia bien puede entenderse de esta forma.

Nietzsche se rebela contra una asfixiante atmósfera y una completa estructura de caducidad y, por esa vía, anuncia hombres nuevos, crepúsculos de viejos dioses, genealogías remotas, auroras por venir, etc.; pero cumpliendo antes con la forzosa estación de pasar por la tragedia, por la poesía trágica, por el único saber válido: el saber trágico; con Nietzsche las cosas del mundo y de la cultura de Occidente dejan de estar orientadas hacia un origen de unidad y plenitud, para orientarse hacia el «ya no más» de la muerte.

Si san Agustín había dicho a su Dios, en un tono declaradamente confesional y bajo este mismo título: «tú, feliz dulzura sin angustias, que me recoges de la dispersión y reordenas los mil pedazos en que me he roto». Nietzsche, a la vuelta de quince siglos, ya no puede suscribirlo, a pesar de que quizá su más ferviente deseo habría sido poder hacerlo.

La diferencia entre el santo y el filólogo es que el primero, al escribir sus confesiones, descubre en sí mismo a Dios y pide a quien lo lee, a través de su confesión, no que se identifiquen con él, sino con aquel a quien él lleva dentro, mientras el segundo pide que nos identifiquemos nada más que con él mismo, porque en su tiempo la ilusión ya es un lujo imposible.

Escribir cartas ficticias de Nietzsche, indudablemente, pasa por la pregunta que se interesa por ¿qué es aquello que él tiene que decir de sí mismo capaz de interesar al alguien?

Esta indagación parece, de nuevo, llevarnos al corazón del deseo y del tono confesional, hacer que los demás escuchen mis cosas obedece, en primer lugar, a que las van a escuchar, a que las van a atender porque mi mundo es el mismo que el de mis posibles interlocutores o de mis posibles lectores, y en segundo lugar, porque su posible escucha o posible lectura se anuncia como capaz de compartir, de comprender y tal vez hasta de curar mis melancolías.

¡Hay algo en mí que también pertenece al otro!, parece ser la convicción y la sabiduría que guía a la intención confesional, como si la temperatura, la intensidad y la alarma de las que antes se hablaba, al confesar cosas mías, fueran capaces de sacar del corazón un egoísmo al que, en el fondo y en verdad, se está renunciando: nada es mío, sino que lo mío es antes y desde siempre del otro y de todos; vistas así las cosas parece como si éste fuera el mecanismo perfecto para escribir, en vida, páginas póstumas.

Afirmar que las composiciones del joven Fritz, como lo llamaba su madre Franzisca Nietzsche, prefiguran, anuncian y contienen al futuro filósofo que removerá los cimientos intelectuales de Occidente, es la intención póstuma que contienen las ficticias cartas del trabajo comentado.

Puede estarse de acuerdo con lo anterior si se confía en que la escritura, de alguna forma, es una búsqueda de lo ausente, un deseo por algo que no se tiene, o por algún lugar a donde no se ha llegado aún, y entonces, en el mejor de los casos, una prefiguración de aquello, una forma de vislumbrarlo, o de entreverlo.

Quién no ha sentido a la vida futura como una fulguración de imágenes imprecisas, refractarias e inquietantes ante el asedio tremendo de la muerte, tal vez la mejor forma de organizar este material, como un tejido coherente, sea la escritura.

Puede pensarse que ninguna criatura del mundo es capaz de anticipar el momento de su muerte, a excepción del hombre, lo cual basta para explicarnos la incesante angustia que nos asedia.

Vistas así las cosas, escribir es pensar menos en la conciencia de mi existir presente, y pensar más en la conciencia de mi desaparición futura; de modo que el joven Nietzsche que he tratado de presentar es un hombre que, por anticipado y de antemano, se ve deportado a su propio desvanecimiento, a su propia incomparecencia, al propio momento (y ninguno tan propio como éste) en el cual ya no estará, sea éste el de su muerte física en el año de 1900, o aquél otro, once años antes, en el cual cae postrado frente al caballo en Turín.

Dicho de una forma breve y aventurada, acaso pueda afirmarse que ésa es la ruta que sigue Nietzsche y su obra hacia su punto final conocido que, de cierto modo, confirma lo que se ha intentado afirmar aquí, la referencia es a aquel último libro que consiste en una suerte de autobiografía, el *Ecce homo* y que, además, lleva como subtítulo una declaración que avala lo dicho: *cómo se llega a ser lo que se es*.

Hay obras que, en lugar de ser copiosas como la lluvia, son densas como la niebla; aparte de que creo que esto puede afirmarse acerca de la obra de nuestro personaje, no es que las cosas sean tan raras o remotas con Nietzsche, sino todo lo contrario, nadie ha sido tan hermano de los demás hombres como él mismo lo ha sido y tal vez también como Baudelaire lo fue, otro su contemporáneo que, además, lo dejó escrito muy claramente; al sentir que la vida es una cosa tan terrible que nos deja sin palabras y, por eso mismo, debido a ese estado de estupor, y para recuperar las palabras, es que el hombre se ve transferido a la escritura. (Rogelio Salazar de León, abogado y profesor de Filosofía y Lógica. Universidad de San Carlos de Guatemala)